

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos a propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenecen.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

La conquista del Perú por X.—Elegía por F. C.—¡Hay mas allá!, novela original por Enriqueta Lozano de Vilchez.—Visita ejemplar al Santísimo Sacramento por Manuel Polo y Peyrolon.—Correspondencia.

GLORIAS DE ESPAÑA.

LA CONQUISTA DEL PERÚ.

I.

Doce generaciones hacia que se perpetuaba el dominio de los Incas del Perú, imperio el más poderoso, el más civilizado y floreciente de la América meridional, cuando ascendió al príncipe Huayna Capaz, de quien todos se prometían las más felices empresas. El orden que reinaba en el imperio, y los progresos que en él había hecho la industria humana, para la perfección y comodidades de la vida social, no satisfacían el ardor belicoso del príncipe. Se hallaba además agitado por el deseo de proseguir y terminar las conquistas que con felices auspicios había hecho su padre Tupac Inpaquí, correspondiendo así a su voluntad espresada antes de morir. Ni podía él de otro modo manifestarse digno hijo del Sol, mas que estendiendo sus civilizadoras

escursiones a los pueblos que vivían en un estado de barbarie, puesto que la principal obligación que se decía impuesta por el Sol a sus hijos los Incas, era hacer la felicidad de los hombres. La fortuna del padre favoreció también al hijo en sus empresas. No solo sujetó las tribus que le habían sido rebeldes y llegó en sus escursiones hasta las costas del mar Pacífico, sino que incorporó definitivamente al imperio, el rico y poderoso reino de Quito, objeto antiguo de la ambición de los Incas. La alegría de estas victorias, acrecentada con el nacimiento de su hijo heredero a quien llamaron Huascar, se celebró en el Perú por medio de unas fiestas cuyo recuerdo se ha perpetuado como el testimonio más grandioso, aunque el postrero, de la magnificencia y poder del imperio.

Antes de que el Sol saliese en el día de la ceremonia, el Inca con todos los de su comitiva ostentosamente vestidos y colocados por edad y categoría, se hallaba en la gran plaza de Cuzco. Allí con los pies desnudos fijaban sus ojos en el oriente y apenas el Sol se manifestaba, cuando todos incaban la rodilla, y con los brazos estendidos hacia él, le enviaban besos y le aclamaban por su dios y su padre. El emperador se levantaba solo, y tomando en su mano una grancopa llena de una bebida favorita del país, hacia el ademan de ofrecérsela al Sol, quien se suponía que aceptaba la ofrenda y correspondía a ella, pues co-

mo emanacion suya se distribuía aquella bebida á los principales asistentes antes de ir al templo.

Aunque en todas las provincias del imperio del Perú habia templos del Sol adornados con incomparable magnificencia, ninguno era tan rico y suntuoso como el de Cuzco, donde todos los habitantes habian aglomerado con profusion sus riquezas en obsequio del Sol y de los Incas sus hijos. Las cuatro paredes estaban revestidas de planchas de oro, cuyo metal brillaba tambien en las junturas de las piedras, y además habia otra placa ó faja de oro de una vara de ancho, que rodeaba el templo por lo alto de la pared y aun ceñia las de la galeria que le daba vuelta. Las puertas, de las que la principal daba al norte, estaban revestidas de planchas de oro. En el testero del templo, que daba al oriente, se veia la imagen del Sol representada por un globo macizo de oro con rayos y flamas del mismo metal incrustadas de pedreria. Al rededor de la galeria del templo habia capillas ó pabellones cuadrados con cúpulas piramidales. El primero y mas inmediato al templo estaba consagrado á la Luna como esposa del Sol. Todo su recinto estaba guarnecido de láminas de plata, y el globo de la Luna, tambien de este metal, era lo mismo que el del Sol, para que ambos con sus colores y brillantez imitasen los caracteres de los astros que representaban. Habia además capillas destinadas á el lucero de la mañana, á las constelaciones y estrellas que se reputaban como criados del Sol, y hasta para el relámpago y trueno que eran sus ministros; pero entre todas estas capillas de segundo orden, ninguna era tan vistosa como la consagrada al Arco Iris, que como procedente del Sol, estaba tambien en gran veneracion. Además de los adornos de oro de la capilla, se veia la imagen del Arco luminoso de pared á pared con los vivos esmaltes de sus colores copiados del natural. Las habitaciones del gran sacrificador, de los sacerdotes y de las vírgenes del templo, participaban de esta opulencia extraordinaria presentando tal vez el mayor conjunto de riqueza que se ha conocido en el mundo.

Doscientos pasos antes de llegar á la puerta de este templo, se descalzaba el séquito del emperador que seguido de los Incas podia solo penetrar en él. Los demás se quedaban fuera como indignos, y entregaban sus ofrendas á los sacerdotes. El emperador puso en manos del gran sacerdote el vaso con que habia hecho la primera ceremonia y luego prostrado ante la imagen del Sol le rindió adoracion. Despues el gran sacerdote le hizo reparar en los cuerpos de los reyes sus antecesores dispuestos por orden de antigüedad en dos filas á el lado de la imagen del Sol, y tan perfectamente embalsamados que parecia que estaban vivos.

—Inca, le dijo, solo los que por sus virtudes su-

blimes y sus cualidades dignas de un gran rey han merecido la gratitud de sus pueblos durante su vida, vienen aquí despues de su muerte á colocarse frente á frente al Sol como sus hijos queridos.

Entretanto los ministros del templo habian preparado lo necesario al sacrificio, que se hacia con animales domésticos, legumbres y frutas, porque las divinidades y las leyes del imperio escluian las victimas humanas.

El gran sacerdote presentó á los rayos del Sol un vaso cóncavo metálico de extraordinario pulimento: los rayos solares se concentraban en el fondo de este vaso en un foco, donde puesto un poco de algodón se encendia al momento. Con este fuego quemaba el corazon y la sangre de la victima y luego se conservaba todo el año con el mayor esmero por las vírgenes del templo, que hubieran espiado cruelmente el dejarle apagar. En aquella ocasion no ardió tan pronto el algodón como acostumbraba, por lo que admirado el gran sacrificador levantó los ojos al cielo y vió que el Sol que habia salido por la mañana radiante y puro, se hallaba empañado por nubes que amenazaban ser cada vez más densas. Iba á dar parte al Inca de tan siniestro presagio, cuando se quedó aun mas asombrado al verle mirar de hito en hito á la imagen del Sol que habia en el templo, cosa altamente prohibida aun al mismo emperador. Bajó este los ojos al ver que el sacerdote le observaba, pero luego más resuelto los volvió á levantar como de intento, fijándolos en la imagen. Acercóse entonces el sacrificador y le dijo en voz baja:

— Señor, estás dando el mal ejemplo á tu corte de hacer lo que nunca hicieron tus predecesores.

— Dime, replicó el Inca, hay alguno entre mis súbditos que se atreva á desobedecerme?

— Todos os obedecerán hasta la muerte.

— Aunque los obligase á correr hasta Chile?

— Si tú lo mandases te obedecerian sumisos.

— Y habrá entre ellos alguno tan presentuoso para que me obligase á correr sin cesar?

— No le hay, porque ninguno es mas poderoso que tú.

— Pues entonces dijo el monarca, el Sol nuestro padre es preciso que dependa de otro más poderoso que le manda correr sin cesar. Si por su gusto lo hiciese, alguna vez descansaria.

II.

No bien acabada la religiosa ceremonia y cuando el odolífero copal humeaba aun en los altares, perfumando suavemente el ámbito del templo, se dejó ver en él, la agradable comitiva de las sacerdotisas del Sol.

Aquellas vírgenes sencillamente vestidas pero os-

tentando con abandono las gracias y atractivos que prestan la juventud y la hermosura, hicieron profunda sensacion en el Inca y en su séquito. Mientras que con acento tierno entonaban algunas de ellas un cántico tan melodioso como patético, ejecutaban otras una vistosa danza que participaba de ceremonia religiosa y de festejo á los vencedores, á quienes aquellas ninfas hacian alusion en sus lijeros movimientos. El Inca que habia tenido valor para mirar durante el sacrificio á la imágen que estaba prohibido, mejor contemplaba entonces aquellas jóvenes que para él espresamente desplegaban sus gracias.

Las observaba con delicioso éstasis, porque jamás habia sentido su alma el tierno sentimiento que entonces la dominaba; pero cuando sus sentidos experimentaron una agitacion extraordinaria y su razon estraviada no podia resistir á los encantos que le rodeaban, fué al terminar la danza. Una joven, al parecer la principal vino seguida de otras á presentar al Inca el pan y la bebida que las virgenes elaboraban como sagrados manjares que solo era lícito ofrecer al emperador en circunstancias tan solemnes.

Acompañaban al regalo algunos vestidos magníficos, hechos tambien dentro del claustro, y la joven al presentar al Inca la copa de oro le dijo estas palabras:

—Aceptad, señor, la sacra ofrenda debida á vuestra gloria, y que sea corta manifestacion de la felicidad que os deseamos.

Los atractivos de la sacerdotisa y el vivo fuego que animaba sus ojos, á pesar de la modestia de sus miradas, acabaron de seducir al Inca, que al tomar la copa, exclamó enagenado:

—¡La felicidad! si, la espero de tí, hermosa joven.

Apuró la copa de un solo trago, sin acordarse de permitir que la llevasen á sus labios algunos de sus favoritos y principales cortesanos, conforme se acostumbraban permitirlo otros soberanos en igual ceremonia. Esta circunstancia unida á la efusion con que dió las gracias á la sacerdotisa y la turbacion de sus miradas, revelaron á todos los presentes la impresion que en el Inca habia hecho la joven; pero ninguno, escepto el gran sacerdote, sospechó que fuese una pasion devorante capaz de hacerle faltar á los mas rigurosos deberes.

Las virgenes consagradas al servicio del templo del Sol, estaban por toda su vida obligadas á una virtud tan austera, que la menor falta era castigada severamente, y esto y el dejar que se extinguiese el fuego sacro producian muerte irremediable. Para conservarse puras é irrepreensibles, vivian retiradas en un vasto recinto anexo al templo, en el que no solo disfrutaban las co-

sas necesarias á la vida, sino que hallaban cuanto podia hacer tolerable su voluntaria soledad. En este recinto donde á ningun profano era lícito penetrar, resolvió el Inca introducirse, albagado por aquella ilusion de los amantes á quienes el ver siquiera otra vez el objeto amado les parece calmante de su pasion. Estimulable ademas el deseo de interrogar á aquella joven cuya magestad y hermosura revelaban un origen nada vulgar. Inmenso y despótico era el poder del Inca, y sin embargo no se atrevió á llevar á cabo su designio, ni por violencia, ni en medio del dia; solo á favor de las sombras de la noche y ocultas las insignias de su soberania consiguió hallarse dentro de claustro de las sacerdotisas.

III.

El jardin contenido en el ámbito del templo, era tan ameno como caprichoso. No chocaban allí á primera vista aquellas señales del esmerado cultivo del hombre, todo al contrario, el aspecto de una vegetacion espontánea y caprichosa se ofrecia por todas partes, dando á entender que se habia aprovechado un terreno virgen y feraz de suyo, para formar sin mucho esfuerzo un agradable pensil. No se veian grandes calles de arena, sino estrechos y tortuosos senderos al traves de espesos bosques formados de grandes árboles, de cuyos troncos se desprendian colgantes de lianas sobre los algodoneros y otros arbustos útiles que cubrian la tierra. De trecho en trecho serpenteaba por el césped un arroyuelo de incierto origen y direccion, y la luna empezaba á penetrar por entre las hojas de los árboles opuestos al horizonte.

Un aire dulcemente perfumado mecia las elegantes cimas de los cocoteros y bananos produciendo el único susurro que se escuchaba en aquella profunda soledad, hasta que se percibió distintamente el ruido de los pasos de una muger que se acercaba.

—No me han engañado exclamó el Inca saliendo al encuentro de la sacerdotisa; pero al ver que ella se detenia pálida y trémula, la tomó de una mano y llevándola á sentar en un banco de césped, la dijo con dulzura:

X.

(Continuad)

ELEGIA.

*Ya no hay lumbre en el cielo, destellante,
ni plácidos albores;
ni susurra le brisa murmurante
del prado en los colores.*

*Tú ya no existes, cándida paloma!
del viento á la inclemencia
yace postrada, y mística, y sin aroma
la flor de tu existencia.*

*En medio del vergel que engalanaba
sonando iba la fuente,
y en amorosas linfas destrenzaba
su lánguida corriente.*

*Al blando impulso de flotante brisa
que erraba por las flores,
su espumoso raudal, brotando en risa,
robaba al sol colores.*

*Mas, ay! tu sombra á mi ansiedad se ofrece
vaga zureando el viento,
y en las nieblas eternas desaparece
volando al firmamento.*

*Contigo huyó la pompa y la hermosura,
purísima azucena:
hoy todo es sombra y funeral tristura
y luto, y honda pena.*

*Yo te busco en la lumbre sonrosada
del alba trasparente;
en la bruma que huyendo desatada
circunda el vasto ambiente.*

*Te busco; el alma tu mansion divisa
de eterna bienandanza;
busco! ay Dios! mas tu inmortal sonrisa
no alienta mi esperanza.*

*Triste, triste de aquel que está en la altura
y á la cumbre no llega
que, buscando á mas sombra y frescura;
el árbol se la niega!*

*Sólo al sauce su planta se avecina
y el sauce le guarece,
ó en desierto sepulcro se le inclina
ciprés que el viento mece.*

*Ay! dónde estás? mis sueños de ventura
demando triste al cielo;
mas ¿como hallar la paz sin tu hermosura,
sin tu virtud consuelo?*

*¿Quién tornará á mi pecho la alegría
que hizo brillar mi frente
con la alba luz del fulgurante día,
en su ilusión bullente?*

*¿Quién calmará mi afán? quién, de tus ojos
á la apacible lumbre,
disipará del alma los enojos
con blanda mansedumbre?*

*¿Quién me traerá tu voz que el viento halaga
con su dulce armonía
cuando, perdida ya tu imagen vaga,
no ahuyenta mi agonía?*

*Cuando el modesto albor de tu semblante
ya mi pasión no enciende
y, de tu vuelta en pos, cual nunca amante,
mi alma se desprende?*

*Oh! si, yo te veré, cándida aurora,
con tu fulgor divino,
y al blando rayo que tu sien colora
bendeciré al destino.*

*Oh! si yo te veré, paloma mía!
Tú enjugarás mi llanto,
y... acaso la esperanza me sonría
bajo tu excelso manto!*

*Ángel de luz que sublimado el vuelo
por la región potente
á par del sol, sobre el brillante cielo,
te levantaste ardiente.*

*Héme aquí en el horror de la amargura...
Ay de mi edad florida!
¿No lucirá un antorcha de ventura
sobre mi frente hundida?*

*Llorad, mis ojos! — Con su ausencia el alma
yace en profunda pena.
Llorad, mis ojos... la perdida calma
del corazón, serena.*

*¿Qué ha sido de mi amor?... ¿qué de mi gloria?
Cómo así en místico duelo
con tanto y tanto sueño en mi memoria
no hallo á mi afán consuelo?*

*Perdí la blanda flor de mi ventura,
perdí mi lumbre bella
y, al último fulgor de su hermosura,
huyó mi bien con ella.*

*Su imagen pura á mi ansiedad se ofrece
rauda argentando el viento,
y en las nieblas eternas desaparece
volando al firmamento!!*

F. C.

¡HAY MAS ALLÁ!

NOVELA ORIGINAL

POR

Enriqueta Lozano de Vilchez.

Movíanse las hojas caídas de los árboles, al ligero soplo de las últimas brisas de la tarde.

Los casi apagados rayos del sol daban el beso de despedida, primero al hondo valle, donde se ostentaban aún algunas tardías flores; después á los arbustos más elevados que ellas, y luego... luego á las altas copas de los pinos silvestres y á la cruz que se ostentaba sobre la modesta torre de la iglesia del pueblecito de B....

El crepúsculo se acercaba.

La noche iba á seguirle de muy cerca, empujando al insondable abismo de la eternidad un día más, descontado del guarismo de la vida.

Un venerable anciano, de aspecto noble y bondadoso y dulce, salió de una pobre casa, amparada bajo la sombra del modesto templo, y se dirigió á la pequeña puerta del campanario.

Asió una cuerda que pendía á lo largo de la pared y tiró de ella suavemente y con marcado compás.

La voz de la campana, lenta y sonora, dejó oír en el espacio y á muy larga distancia sus graves y pausados sonos.

Aquellos ecos, traducidos por los habitantes de la aldea, venían á decirles en un lenguaje lleno de amor.

—«Venid, los que creéis y esperáis: Venid, los que cargados con el peso de la vida necesitáis el consuelo de la oración, para hacer más ligera la jornada y más llevadera la carga: Venid, á unir vuestras plegarias con las del buen anciano, padre de vuestras almas, que vá á elevar al pié de los altares las alabanzas de María: Venid, que vá á depositar á sus plantas una corona, formada con las bendiciones de vuestros labios y las súplicas de vuestro corazón.»

Oh! y así era en efecto, porque aquella campana es la del rosario, y el que así daba al viento sus ecos, el anciano párroco de la aldea, convocando á sus feligreses á los pies de la Virgen de Nazaret.

Las puertas del pequeño templo se abrieron; ante el altar esparcían su claridad algunas luces y su perfume algunas flores.

El sagrado recinto se fué llenando de fieles.

El sacerdote se arrodilló ante la divina imagen de aquella que es reina de los ángeles y consuelo de los afligidos, y empezó el santo rezo, al cual contestaban los asistentes con inmenso fervor.

Media hora pasó de este modo.

En tanto se había hecho completamente de noche.

En el triste otoño, la sombra sucede á la luz con mayor rapidez que en ninguna otra época del año.

La gente empezó á dirigirse á la puerta, pero al cruzar sus dinteles, todos se detenían y miraban entre la oscuridad á una pobre mujer que llamaba la atención con sus exclamaciones y jermidos.

Era una triste mendiga: era una infeliz ciega que todas las noches se sentaba en el atrio de la iglesia para implorar la caridad pública.

Pero ¡ay! que en aquel instante lejos de demandar un socorro para su miseria, amparaba á su vez otra miseria superior á la que sufría, pues tenía en sus brazos una niña, que desamparada, y sollozando había encontrado á su lado, sin saber á quien pertenecía ni quien la había dejado allí!

En vano Lucía, la desgraciada ciega, había preguntado á todas las que pasaban junto á ella si conocían á aquella criatura ó si sabían quienes eran sus padres.

Nadie la respondía, nadie acertaba á darle razón, por más que allí había madres que conocían á todos los niños del pueblo, y niños que conocían á todos los ángeles sus hermanos.

En torno de la mendiga y de la tierna abandonada, se había formado un círculo de gente, que solo se abrió para dejar paso al sacerdote que se aproximó en aquel momento,

—¿Que es ese, Lucía? preguntó con acento paternal y dulce; ¿que es eso? porque estás tan zorada y sobre todo ¿qué niña es esa que estrechas á tu corazón?

—¡Ay, no lo sé, señor cura, no lo sé!

—Pero como es que está en tus brazos? insistió el sacerdote.

—Oh! del modo más fácil. Llegaba yo como todas las noches á pedir aquí una limosna. Ya sabe V., señor, que mi padre está enfermo, que ya es muy viejo, y que no tenemos mas esperanzas que la caridad. El que viene á la iglesia es por que cree en Dios, y el que cree en Él sabe que bendice toda limosna que se dá en su nombre, por eso....

—Sigue, exclamó el anciano, sigue.

—Pues bien, yo había llegado hacia un momento, me senté en mi puesto y me dispuse á

esperar, pero de pronto me estremecí porque creí percibir á mi lado el lloro de un niño: guar-tó silencio, ¿que habia de hacer? La casa de Dios es la casa de los desgraciados y nada tenia de extraño que alguno viniera á su puerta. Sin embargo, aquel pesar me afligia no se porque, y presentaba toda mi atencion á aquellos gemidos y á aquel llanto. Merced á esto pude oir el rumor de muchos besos apagados, y despues..... despues el ruido de unos pasos que se alejaban. Y apesar de esto, señor cura, se me figuraba que algo se movia, que algo respiraba cerca de mí.

—Seria...? preguntó el anciano impaciente de oir hasta el fin.

—Sentí que me tiraban de las ropas, continuó Lucía, que alguien se agarraba á mis vestidos y tendí las manos instintivamente. Entonces, entonces ¡ay! tropecé con una criatura que empezó á llorar amargamente. La tomé en mis brazos llamé á su madre, porque una voz interior me decia que su madre era la que se al-jaba, pero nadie me respondió. Solo la niña, engañada por la oscuridad se amparaba de mí porque sin duda tenia frio, y me llamaba balbuceando *madre* porque acaso tenia miedo!

El sacerdote conmovido tomó á su vez á la niña en los brazos, y se dirigió á la iglesia para verla á la luz de los cirios que aun ardian ante la Virgen.

La ciega le siguió guiada por el eco de sus pasos y por un afan desconocido é indecible que la hacia mirar á aquel ser inocente y desvalido como cosa querida y propia.

La multitud iba en pos tambien, guiada por la compasion y por la curiosidad.

Cuando llegaron junto á las aras de la bendita Reina de los angeles, y la luz dió de lleno en el semblante de la niña, esta dirigió en torno una mirada asombrada y tímida y tendió sus bracitos como pidiendo amparo y proteccion á todos los que la rodeaban.

Contaria poco más de un año, y era rubia como un rayo de sol y blanca como el destello de la luna, sus ojos eran azules y recordaban el cielo.

Sus ropitas estaban muy usadas, casi viejas, pero su hechura y las telas que las componian revelaban una gran elegancia pasada.

Sus botitas estaban rotas, dajando descubiertos unos dedos que se asemejaban á dos hojas de rosa.

El anciano la contempló un instante con pena y sintió que una lágrima rodaba por sus mejillas.

Despues y cediendo á un impulso del alma, acercó sus labios á aquel inocente semblante y

depositó en el un beso y una bendicion.

En el momento de terminar aquella santa caricia, sus ojos distinguieron un papel sujeto con un alfiler á las ropas de la niña.

Se apresuró á tomarlo, y desdob'andolo con rapidéz leyó algunas frases trazadas en él, sin que ninguno de los presentes osase interrumpirle, apesar del vivo interés que aquel suceso habia despertado en cuantos se encontraban allí.

La fisonomia del anciano párroco expresó un asombro profundo, á la par que una pena infinita.

—¡Que impenetrables son tus juicios, ¡Oh Señor! exclamó al fin alzando sus ojos á un tosco crucifijo de madera colocado sobre el altar ¡que impenetrables, pero que sabios!

Y despues guardando aquel papel cuidadosamente, quedó en silencio por un instante y pareció que sus labios se agitaban como formulando una oracion.

—Pero en fin, señor Cura, murmuró la ciega; esa niña...?

—Esa niña ha sido confiada á la Virgen María, porque solo ella la puede amparar.

—Es huerfana?

—No tiene padre?

Murmuraron con afan dos ó tres voces á la vez

—Sí, hijos míos, hoy no tiene más padre que á Dios, y á nosotros.

—Si V quiere, yo hare...

—Y yo.

—Y yo.

Repitieron dos ó tres mugeres más compasivas ó menos Necesitadas que las demás.

Lucía nada dijo, pero extendió sus manos comodemandando tambien su parte en aquella obra de la caridad.

Con asombro de todos, el anciano sacerdote colocó á la huerfana en sus brazos.

—Ella es la más pobre! dijo una de las mugeres que habian hablado antes.

—Sí; es la más pobre, añadió otra, y su padre con ese genio y ese corazon... será capaz de poner á la niña á la puerta de la calle y maltratar á la pobre Lucía.

La frente de la infeliz ciega se contrajo ligeramente.

Sin duda que aquellas palabras encerraban una verdad.

—Con ella irá sin embargo, murmuró el buen párroco. Dios que la ha puesto bajo su amparo cuidará por sí mismo de las dos. El que quiera ayudar á Lucía puede hacerlo por medio de la limosna que es ¡ay! de lo que esta niña debe vivir.

Como si estas palabras encerrasen un mandato

todos se apresuraron á depositar su pobre óbolo en las manos de la mendiga.

Esta tomó el depósito que el cielo la confiaba, y se dirigió á la puerta del templo seguida de muchas buenas gentes que se ofrecieron á acompañarla hasta la casa que habitaba.

La iglesia quedó sola.

Únicamente el sacerdote permaneció en ella algun tiempo mas.

Aquel anciano rogó mucho por los que se alejaban, y tambien entre las palabras de su rezo pudo percibirse las conmovedoras y sentidas frases con que pedimos á Dios por los que ya no existen.

II.

Cuando Lucia llegó junto á su morada quedó sola enteramente.

Todos conocian ya el carácter de su viejo padre.

Todos sabian que aquel anciano, exasperado por los años, por la enfermedad y acaso por sufrimientos ocultos é ignorados, pasaba la vida en maldecir á la suerte y apostrofar al cielo por las desgracias que le cercaban.

Violento, rudo y poco creyente, se dejaba llevar facilmente por la ira, y su furor se manifestaba por accesos violentos y palabras que hacian estremecer.

Sin embargo de que la enfermedad y los años le tenian clavado en un sitio, todos huian de aquella casa y compadecian á la pobre Lucia que con entera resignacion y paciencia evangélica soportaba al irascible anciano.

La jóven se detuvo en la puerta de su morada antes de decidirse á entrar.

Todo el valor, toda la energía que hasta entonces la habia sostenido, vacilaron allí, pues no sabia como participar á su padre lo que acababa de suceder.

¿Qué le diria el anciano?

El tan cruel, tan duro de continuo ¿cómo recibiría á aquella inocente niña que ella en el primer impulso de su corazon se habia ofrecido á proteger?

Ademas, ¡eran tan pobres, su miseria era tan escaseiva, y las limosnas escaseaban de tal manera, que era muy posible que el pan que iba á dar á la niña le faltase á ella algunos dias.

Oh! la pobre Lucia estuvo indecisa algun tiempo antes de entrar, y momentos hubo en que pensó en ir á buscar al virtuoso párroco y devolverle aquella criatura que habia confiado á sus manos.

Pero ¡ay! que al ir á hacerlo sintió la cabecita

de la niña pesar en su hombro, y comprendió que estaba dormida.

El ángel de la guarda quizá en aquel momento la hablaba en sueños ó ponía en sus labios algunas palabras que la niña repitió, pues Lucia la oyó decir.

—No! no!... mamá!

La ciega la estrechó contra su corazon, parecia que aquel no tan casualmente dicho, respondia á sus interiores pensamientos, y que era una súplica, una negativa á la idea de dejarla, que la acababa de asaltar.

Oprimió á la pequeña huérfana sobre su corazon y exclamó á su vez.

Continuará.

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

VISITA EJEMPLAR

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

(SUCEDIDO).

Transitaba mucha gente por una de las principales calles de cierta populosa y católica ciudad. En opuestas direcciones corrian estrepitosamente los carruajes de lujo, sin que sus dueños se cuidasen para nada de la multitud atropellada por sus ruedas y caballos. Algunos carros de transporte aumentaban la confusion. Movidos por el resorte del negocio, los transeúntes iban y venian, sin mirar siquiera á los que pasaban á su lado. Tal vez era yo el único que, caminando lentamente y recibiendo codazos y pisotones, contemplaba aquella animacion y movimiento, propios de toda gran ciudad, entregada en cuerpo y alma á los quehaceres terrenales.

¿No habrá entre esta muchedumbre, pensaba yo, uno siquiera que se ocupe en el gran negocio de la salvacion, y por él se mueva y se afane?

Es indudable: ciudad tan renombrada por su catolicismo, no puede menos de dedicar gran parte de su vida á los negocios del alma. Quizás aquellas dos elegantísimas damas que medio tendidas sobre los cojines de seda de su landó cruzan la calle, llevan la alegría y abundancia al hogar del triste menesteroso. Pero no: para el carruaje ante una perfumería, apéanse las señoras y las pierdo de vista. Estos jóvenes elocuentes y bulliciosos hablan de ciencias, letras y artes. Tal vez vayan á alguna academia católica. Me equivoqué: penetran en un Ateneo científico literario y artistico, que tiene carácter eminente racionalista. Aquellos caballeros respetables, de

largas patillas y sombreros de copa de ala ancha, que caminan pausadamente y hablan á media voz, ¿representan, por ventura, asociaciones benéficas y se ocupan en alguna grande obra de caridad? Tampoco: deben ser agentes y banqueros, puesto que se dirigen á la Bolsa. ¿A dónde irán estos menestrales? Han terminado el trabajo del día, y corren á sus casas á cambiar de ropa para pasar la noche en el café. No te canses, me dije por fin; la piedad ni mete ruido, ni se pasea inútilmente por calles y plazas. Acude á las iglesias si quieres conocer por tí mismo la religiosidad de esta poblacion.

Esto pensaba cuando puse los ojos en un mozo de cordel, que tiraba de un carrito de mano, abriéndole paso á duras penas y poco á poco entre la muchedumbre. Un anciano, al parecer paralítico, escuálido y pobremente vestido, iba sentado en el carrito con las piernas colgando y una tosca muleta á cada lado. Sentado el pobre viejo sobre sucia estera, seagarraba á los palos del carrito para no caer, mientras el mozo tiraba sin miramiento alguno. Durante la marcha, las colgantes piernas del enfermo mecíanse cual miembros sin vida á impulsos del incesante balanceo y bruscos movimientos del vehículo. Me inspiró compasion aquel desventurado y lo seguí. Media hora despues se detenía el carrito en la puerta de una iglesia, situada en las afueras de la poblacion, donde se celebraba el jubileo de las Cuarenta horas. Entre el mozo y unos pobres, que pidiendo limosna estaban en la puerta del templo, incorporaron al semi-paralítico, le quitaron la mugrienta gorra, colocaron la muletas bajo sus brazos, y medio arrastrando los piés, y sostenido por todos, entró en la iglesia.

La curiosidad me acercó á una de las mugeres que allí pedían limosna, y poniendo una moneda en su mano entablé con ella el siguiente diálogo:

—¿Conoce V. á ese pobre viejo?

—Sí, señor; hace muchos años que viene á las Cuarenta horas.

—¿Y por qué no lo traen en un carruaje más cómodo?

—Porque es casi tan pobre como yo, que tengo que pedir limosna. El carrito le cuesta dos cuartos por hora de alquiler; le da un real al mozo que lo trae, y con doce ó catorce cuartos, aunque está impedido, todos los días hace su visita á Jesús sacramentado. Si tomase un carruaje le costaría lo menos dos pesetas, una la ida y otra la vuelta, y el buen señor no puede con tanto gasto.

—¿Tan pobre está?

—Tanto, que viste mal y come peor, por tener la dicha de hacer esta visita.

—¡Es admirable!

—Mejor diría V. *un santo*, que con muletas, carró y todo se colará en el cielo.

—¿Admitirá algun socorro?

—Pienso que no. Estuvo rico en otros tiempos, y mientras pueda pasar con lo que le queda; no quiere hacernos mal tercio á los verdaderos pobres.

Entré en la iglesia, y junto á la pila del agua bendita ví á mi héroe de pié, apoyado en sus muletas y en una columna, contemplando al Santísimo extasiado y con el rostro inundado de lágrimas inefables.

Yo, en cambio, tenía el corazón duro y seco como una piedra: muchos que hasta podían ir á las Cuarenta horas en cómodos y lujosos coches no iban; y la muchedumbre continuaba agitándose en la ciudad en pos de los negocios de este mundo.

Manuel Polo y Peyrolon.

CORRESPONDENCIA.

Ciudad Rodrigo. Señora doña M. I., en nuestro poder los 16 rs. por conducto de don N. H.

Puebla de los Infantes. Señores don J. M. C. y don R. M., recibimos los 56 reales, dejan abonado hasta fin de junio del presente, año por lo cual les damos las gracias: á la mayor brevedad nos pondremos al corriente del atraso que llevamos.

Pedro Bernardo. Señora doña C. R. de G., recibidos los 24 rs.,

San Vicente de Munilla. Señora doña J. A., recibí los 14 rs., queda abonado hasta fin de marzo del 80.

Santiago. Señor don A. F., recibidos los 32 rs., estamos conforme con su cuenta.

Cazalejas. Señor don C. S., recibida la letra de 28 rs. dejando abonado tanto V. como don H. G. hasta fin de abril del 80.

Calanda. Señora doña M. I. C., recibí los 16 rs. deja pagada la revista hasta fin de diciembre del 80.

Ceuta. Señora doña I. C., recibí los 16 rs., y estamos conformes con su cuenta.

Cádiz. Señor don J. B. D. de D., con los 20 rs. que envía por doña M. G., deja abonado hasta fin de junio del 80.

Leon. Señora doña M. V. G., recibí los 12 rs., queda pagada la revista hasta fin de setiembre del 80.

Lumbreras. Señor don M. R. de V., queda pagado hasta fin de diciembre del 80, se entregó el recibo.

Linares. Señora doña M. V., en su día se recibieron en la administracion los 28 rs., queda abonado hasta fin de diciembre del 80.

Laguna. Señor don A. J., recibí los 22 rs., dejando abonado solo hasta setiembre del 80.

Orotava. Señora doña M. L. G., conforme con todo lo que indica, hoy le escribo carta, pero por si hubiese extravío, conste que deja abonado hasta fin de abril del 80.

La Directora.

Granada.—Imprenta de «La Madre de Familia».